

VEGA, Jesusa, *Francisco de Goya en familia. Josefa, hermanos y amigos*, Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, 2025, 1086 pp.

De todas las estrategias que el historiador tiene a su alcance para hacer llegar a la sociedad el resultado de sus investigaciones, las conmemoraciones culturales son, probablemente, uno de los mecanismos que más impacto tienen a la hora de revisar los acontecimientos, los fenómenos y los personajes que han ido conformando nuestra memoria colectiva. La celebración de estas efemérides nace generalmente con la voluntad de alumbrar de manera compartida nuevas miradas y reflexiones en torno al pasado, pero muy pocas veces se tiene la oportunidad de trazar ese camino con aportaciones previas capaces de ofrecer líneas maestras para su futura reflexión. Una de esas excepciones es la monografía publicada por Jesusa Vega sobre la figura de Francisco de Goya en las vísperas del bicentenario de su fallecimiento en Burdeos en el año 2028, una obra de más de mil páginas en la que la historiadora del arte y reconocida dieciochista condensa una vida de estudio dedicada, entre otros asuntos, al maestro aragonés, y que ha merecido por su trayectoria el XV Premio Juan Andrés.

El reto de la monografía de abrir nuevos horizontes de conocimiento sobre el pintor ha hecho necesario revisar los innumerables tópicos que alimentaron el mito del genio desde el siglo XIX y la creciente deriva de reinterpretaciones y atribuciones sin consenso que, más recientemente, han marcado el devenir de la historiografía y de la esfera

mediática, prueba evidente del interés que han mantenido hasta la fecha el artista y su obra. En este punto, la construcción de la figura de Goya a lo largo de los doscientos años que nos separan de su muerte no solo ha dificultado la posibilidad de plantear nuevas lecturas y preguntas sobre su vida personal y familiar, sino que, en un plano más amplio, también ha desvirtuado el estudio del propio marco en el que tuvo lugar su trayectoria artística y profesional, pues ha ensombrecido la atención de la historiografía por los artistas coetáneos que compartieron con él espacios de trabajo y amistad. Partiendo de esta doble problemática, la investigación de la profesora Vega da continuidad a un interés mantenido en el tiempo por revisar el estudio del pintor y su época desterrando leyendas y anacronismos. Firme es el compromiso de valorar la ingente producción bibliográfica existente y de cuestionar, desde un posicionamiento crítico, las interpretaciones que han construido la imagen de Goya dentro y fuera de la academia. Entre estas últimas, la autora pone el foco en el proceso de depuración al que se han visto sometidas muchas de las pinturas más emblemáticas del pintor desde los años noventa del siglo pasado, que museos como el Prado no han dudado en avalar sin requerir siempre un adecuado debate por parte de la comunidad científica.

Jesusa Vega plantea en este volumen una innovadora aproximación global a la vida y la obra de Francisco de Goya partiendo de la cotidianidad de su vida en familia, de sus redes afectivas con amigos y allegados y de las relaciones establecidas con clientes

y mecenas. En sus páginas se recorren las dificultades que afrontó en diferentes etapas de su biografía para sobrevivir a la enfermedad o la guerra, superar la pérdida de familiares y amistades cercanas o afrontar las carencias en tiempos de escasez, sin olvidar el éxito que acompañó su meteórica carrera en la corte madrileña según iba ensanchando su horizonte creativo. Desde los planteamientos de la historia cultural y de los estudios de la vida cotidiana, de la familia y de las emociones, la autora ha buscado el lado más humano del personaje, transitando por sus vivencias más personales como una vía enormemente eficaz para descubrir el contexto en el que desarrolló su faceta artística. *Francisco de Goya en familia. Josefa, hermanos y amigos* no es en consecuencia –o no solo es, como cabría pensar por su título– un libro dedicado al universo íntimo del artista, sino una obra destinada a revisar y poner al día los principales hitos de su trayectoria artística, profesional y social, entrelazados a lo largo de cuatro extensos capítulos donde lo privado y lo público discurren con naturalidad en un recorrido que avanza y retrocede en el tiempo en función de los escenarios explorados.

La reivindicación de la familia formada por Francisco de Goya, enunciada en las primeras páginas de la introducción como uno de los objetivos centrales del libro, ocupa el contenido del primer capítulo. La autora explica cómo las figuras de Josefa Bayeu y de Javier, el único hijo logrado del matrimonio, constituyeron un lastre historiográfico a la hora de concebir la leyenda del genio que, lejos de corregirse con

el paso del tiempo, fue cada vez más intenso en la proyección de su desprecio y olvido. En el caso de Josefa, el ejemplo más elocuente fue la desaparición de su nombre de la cartela del retrato que conserva el Museo del Prado –estudiado en profundidad a lo largo de estas páginas–, que hoy identifica a la mujer representada como Leocadia Zorrilla. En lo que respecta a Javier, la autora se hace eco de la leyenda negra que se ha ido retroalimentando de forma periódica en la literatura artística, dibujando, al igual que su madre, un personaje anodino que habría vivido a expensas del padre causándole amargos sinsabores y disgustos, aparte de contribuir tras su fallecimiento a dilapidar el legado del artista; entre otras acusaciones, estaría la de favorecer la falsificación de sus obras con el fin de mantener el alto nivel de vida acostumbrado desde niño. Refutar este compendio de interpretaciones (la mayoría sin base documental alguna) ha llevado a la autora a recuperar la dimensión más íntima de Goya, que siempre fue un hombre extraordinariamente familiar, como se puede apreciar, entre otros testimonios, en la correspondencia a su amigo Martín Zapater. Por primera vez se indaga en la biografía de Josefa para dar a conocer su educación, la vida con Goya y sus hermanos, la evolución del espacio familiar construido con el paso de los años y el amor hacia su hijo Javier, cuyo matrimonio con Gumersinda Goicoechea permitió ampliar la familia, que sería el sostén del artista al fallecer Josefa en 1812. Ya desde este primer capítulo, se puede advertir cómo el libro de Jesusa Vega sobrepasa el objeto de estudio en torno a Goya para

insertarlo en el contexto de su tiempo, el cual ayuda a su vez a comprender la realidad del artista desde el conocimiento que hoy en día tenemos de las complejas dinámicas familiares de la época. Entre ellas, no debe olvidarse el peso que todavía tenía en la sociedad estamental el matrimonio concertado, fórmula que sirve a la autora para hablar de las vivencias de otros artífices como Francisco Bayeu, casado con Sebastiana Mercklein, hija de un pintor de origen flamenco afincado en España, o el grabador Manuel Salvador Carmona, que concertó sus dos matrimonios con Margarite Legrand en París y posteriormente con Ana María Mengs en Madrid.

El espacio familiar es igualmente el escenario que sirve a la autora para explicar en el segundo capítulo la vida artística de Goya y sus intentos por abrirse un camino en la corte. Sus inicios no pueden entenderse sin el magisterio y la protección que le brindó su cuñado Francisco Bayeu, quien actuó como verdadero *pater familias* al acoger al joven matrimonio bajo el techo de su casa junto al resto de sus hermanos. Destaca en este sentido el esfuerzo realizado por la profesora Vega para revisar y poner orden en algunos de los episodios más farragosos de estudiar en la vida del pintor —como la trifulca de Zaragoza o la decepción en San Francisco el Grande— por la diversidad de teorías apuntadas, interpretaciones erróneas mantenidas a lo largo del tiempo o, simplemente, como resultado de haber conformado el mito del genio sin considerar, una vez más, el lado más personal y humano del artista y el contexto en el que funcionaban las prácticas profesionales

en la época. Este objetivo lleva a la autora a indagar en asuntos tan básicos y aparentemente mundanos como las vías alternativas que Goya y cualquier artista de su tiempo debieron buscar para obtener ingresos cuando los encargos no eran suficientes; conocer las estrategias empleadas en el ámbito de la corte madrileña para obtener una pensión del monarca o lograr el favor de las élites nobiliarias, y la forma de moverse entre una incipiente clientela adinerada que empezaba a demandar servicios en materia de bellas artes y manufacturas. Pero también nos lleva a preguntarnos por los esfuerzos destinados a encontrar el reconocimiento en el seno de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el funcionamiento de los talleres en las casas particulares y la convivencia en estos espacios personales y profesionales, donde no faltaron conflictos familiares ni la rivalidad con otros artistas, pero tampoco lazos de afecto, colaboración y solidaridad. Este capítulo es posiblemente el que mejor ayuda a entender el ecosistema de las artes forjado entre la Ilustración y el Romanticismo en una ciudad como Madrid, donde se recupera y revisa entre otras muchas cuestiones el impacto que causó Mengs tanto en Goya en particular como en la esfera de las artes en general, así como otras claves para comprender conceptos básicos de la práctica artística del periodo como las ideas de ingenio, talento y gracia, o la problemática cuestión de los originales y las copias. El ascenso de Goya en la corte desde su entorno más personal y cercano sirve, finalmente, para explorar igualmente algunos capítulos relevantes en su faceta creativa, como

la temprana capacidad de invención desarrollada como pintor de cartones en la Real Fábrica de Tapices, el descubrimiento de la lección velazqueña en las colecciones de pintura del monarca y sus primeras experimentaciones en el ámbito del grabado, actividades que fue compaginando con una clientela cada vez más amplia y diversa en su rentable actividad como retratista.

Los capítulos tres y cuatro del libro traspasan el marco más inmediato de la familia y se centran en la esfera de la amistad, vínculo que alcanzó una nueva dimensión en el ideario de las Luces al ser concebida como una expresión máxima de la virtud que movía al ser humano. La amistad propició unos valores y principios éticos en la definición de las relaciones interpersonales que poco tenían que ver con el contexto de la familia ni con las relaciones jerárquicas que aún caracterizaban la vida en una sociedad estamental. Estas últimas determinaron en todo caso una tipología de amistad desigual como la encarnada por Jovellanos, Ceán Bermúdez y el propio Goya, que cierra el capítulo. Jesusa Vega ahonda en la condición extraordinariamente afable de Goya, aunque a menudo se haya hecho primar su carácter temperamental o las dificultades que comportó la sordera a partir de los años noventa para relacionarse con los demás. Así pues, se exploran los diferentes tipos de amistad cultivados por el pintor y sus redes de sociabilidad, una oportunidad excepcional para comprender cómo se forjaron estas relaciones desde el plano personal y cotidiano en sus diferentes grados de confianza e intimidad. El lector puede además tomar conciencia de hábitos y

costumbres corrientes que no dejan de ser fascinantes, como los abrazos o la introducción del beso como saludo entre los hombres a finales de siglo, un gesto propio de la vida moderna en la que Goya supo moverse como pocos. Pero también se puede atisbar cómo la práctica y la expresión de la amistad se materializaron en conversaciones, reuniones, confidencias y bromas en muchos casos subidas de tono, a la vez que fueron el sostén donde apoyarse, buscar consuelo y ser acompañado en los momentos de enfermedad y sufrimiento. Testimonio de la amistad en sus diferentes niveles son las conocidas cartas conservadas del pintor a su amigo de la infancia Martín Zapater, así como los retratos dibujados y caricaturas que amenizaban muchas tertulias como vehículo de diversión y solaz, a la vez que de afecto y amor. No es casual, como la autora recuerda en cierto momento, que, en opinión de su hijo Javier, los mejores retratos de Goya fueran precisamente los que había realizado el pintor de sus amigos en una única sesión, dando así pie, una vez más, a que el contexto personal del artista sea la vía para comprender diferentes facetas de su trabajo. De particular interés, entre los muchos casos explorados por la autora, es la amistad que Goya contrajo con el doctor Eugenio García Arrieta y el modernísimo retrato que le dedicó en la etapa final de su vida, donde la amistad se traduce en los vínculos más estrechos de los cuidados y de un profundo afecto.

La amistad es de nuevo el telón de fondo del capítulo cuarto, que explora de manera particular el vínculo existente entre Goya y Juan Agustín Ceán

Bermúdez, una relación enormemente enriquecedora y positiva para ambos que fue mucho más allá del ámbito de las bellas artes, aunque este fuera el centro de sus vivencias. En este último capítulo de la obra se invita a pensar, de la mano de Ceán Bermúdez, en cuestiones que una vez más recorren el pensamiento artístico del periodo y del pintor, así como otras consideraciones relativas al propio proceso creativo. En estas páginas se abordan la figura del aficionado y las ideas que forjaron el aprendizaje y el progreso de las bellas artes a finales de siglo, aportando nuevas lecturas a temas ya conocidos como el debate sobre la formación de los artistas impulsado en el año 1792 en la Academia de San Fernando, la conciencia histórica sobre las bellas artes que se materializaría en el *Diccionario* de Ceán o los conocimientos compartidos sobre los viejos maestros. De gran valor resulta la pasión de ambos amigos por el dibujo y el grabado, asuntos que han ocupado igualmente la investigación de la profesora Vega durante décadas, o la influencia del coleccionista e historiador en algunos proyectos clave de Goya como la serie de *Los Caprichos*. Una vez más, la autora nos invita a prestar atención a los pequeños detalles que, como el uso de los llamados «libros de memoria», nos aproximan a la faceta creativa de Goya en su cotidianeidad, sin dejar por eso de comprender lo que en realidad eran vivencias compartidas por otros grandes maestros de todos los tiempos, desde Leonardo hasta Rembrandt. En las páginas del último capítulo desfilan, al igual que en el resto de la obra, otro sinfín de personajes que compartieron

la vida con el pintor: cómo no citar, al hablar de la caricatura y de la circulación de estampas satíricas de origen británico que tanto influyeron en Goya, a figuras como la de Leandro Fernández de Moratín: el literato nos lleva a recordar las risas y malicias que todos estos amigos solían compartir al consumir estos materiales, pero también a ver más de cerca otros escenarios que propiciaron estas amistades de la esfera intelectual, como el papel desempeñado por la incipiente crítica de arte en el seno de la opinión pública, a la que Goya tampoco fue ajeno pues siempre gustó estar al día de las novedades y los debates que facilitaba la prensa escrita.

La extensión y profusión de información de la obra no está reñida con una prosa amena, fluida, precisa y cuidada, que reserva el denso aparato crítico de notas al final de cada capítulo para el lector que desee profundizar en el desarrollo de algunos argumentos o atender la explicación de detalles secundarios entre otras aclaraciones. El volumen se cierra con una coda que invita a abrir nuevos horizontes de estudio, un apartado reservado a la reproducción de las ilustraciones, donde se prioriza la selección de obras de difícil acceso y de fotografías de laboratorio e históricas, y la citación de las fuentes y bibliografía, de especial utilidad para poner al día la literatura sobre el autor y el arte de su época. La concepción y el enfoque del libro no han hecho necesaria la inclusión de un índice de nombres y materias para quien realiza una primera lectura, entre otras razones porque el estudioso interesado en consultar determinados asuntos puede guiarse fácilmente por

los epígrafes que articulan cada uno de los capítulos en el índice general. No obstante, parece indudable la utilidad que tendría la adición de, al menos, un índice onomástico en futuras ediciones. Esta idea cobra más sentido si tenemos en cuenta la extraordinaria riqueza de asuntos y personajes que desfilan por las páginas del libro: y es que no hay duda de que la obra de Jesusa Vega está llamada a ser un referente ineludible en la historiografía del pintor, pero esta supera con creces la vida y obra del

maestro. Sus páginas son de esta manera un inesperado estímulo para todos aquellos interesados en adentrarse en las prácticas artísticas del siglo XVIII, un periodo que – pese a los avances de las últimas décadas – continúa en gran medida eclipsado por la poderosa sombra del aragonés y que esta monografía contribuye, por vez primera, a iluminar desde su biografía.

Álvaro MOLINA